

ORACION CIVICA

PRONUNCIADA
EN LA ALAMEDA DE MEXICO

EL 27 DE SETIEMBRE DE 1857

POR EL C. LIC.

Gabriel N. Islas,

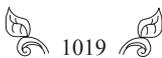
EN CONMEMORACION DE LA ENTRADA
DEL EJERCITO TRIGARANTE EN LA MISMA CIUDAD
EL 27 DE SETIEMBRE DE 1821.

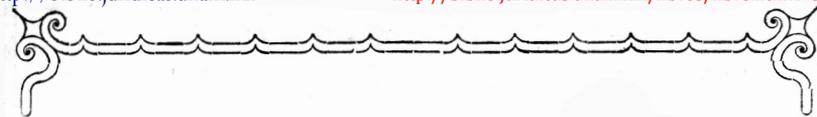


MEXICO.

IMPRENTA DE VICENTE GARCIA TORRES,
CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN NUM. 8.

1857.





ESCRITO estaba por la mano de Dios, en el libro inmutable del destino, que México había de ser libre: que á México no dominaría potencia alguna: en el día que había de consumir su independencia, por fin. Era un secreto quién sería el predestinado para llevar á cabo tan grandiosa empresa: quién sería el patriota desinteresado que tomaría sobre sí una obra tan peligrosa; pero á las once de la noche del 15 de Setiembre de 810, un hombre ignorado, un ministro de Jesucristo, de la mas humilde esfera del clero, con un corazón inundado de bendiciones celestiales, puro como el rayo de la luz, fragante como el aroma del incienso: un hombre benéfico, que amaba al pueblo como á su propia familia: que procuraba para los pobres cuantos beneficios estaban á su alcance: un ministro de paz; un sacerdote venerable, honra de su clase y que no escuchó las preocupaciones de su época, cambiando las funciones del altar por las fatigas del soldado, empuñando con sus manos consagradas la espada del libertador, y cubriendo la corona del sacerdote con el casco del guerrero, “americanos, dijo: rompamos estos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados hace tanto tiempo. Ese fué Hidalgo, el respetable anciano de Dolores.

No tenía mas armas que su magnánimo espíritu: no mas aliento que la dificultad de sus planes: no otra aspiración, sino la independencia de México: no otro porvenir, sino el cadalso.

Todo lo arrostró, mexicanos, y prefirió la tumba á la ignominia, el féretro á la degradacion. La gloria es su martirio: su ambicion, la virtud (1). Su voz cundió por toda la Nueva España cual chispa eléctrica, cual lava de volcan en erupcion, y en momentos vimos desarrollarse la revolucion: vimos en ella á Allende, á Aldama, á Abasolo. La sangre derramada en la Alhóndiga de Guanajuato la bautiza: (2) la libertad de los esclavos decretada en Guadalajara, la consagra. Hidalgo marcha de victoria en victoria, y acompañado constantemente de ella, la independenciam se apodera de Toluca: avanza á México, y la accion de las Cruces, es el primer triunfo militar de Hidalgo: el tirano siente estremecer su solio: se bambolea ya en él; pero una circunstancia inesperada, una inspiracion generosa del magnánimo corazon de Hidalgo, lo hace retroceder y en Aculco ofrece su primer sacrificio á la patria: los continúa en Guanajuato y Puente Calderon; pero su alma grande no se intimida, no la arredran estos reveses, y se retira á Zacatecas. Reune nuevos ejércitos. ¿Pero sabéis qué clase de ejércitos, mexicanos? ¿Sabéis las tropas que los formaban? ¿Sabéis con cuáles inició la independenciam de México y desafió un poder de trescientos años, á quien arraigaban los hábitos, el idioma, las costumbres y la supersticion? ¿A un poder para el que ni la conciencia tenia libertad? Con indígenas miserables que no conocian el manejo de las armas: con hombres ignorantes que pretendian librarse de las balas del cañon cubriéndolo con sus sombreros: con hombres guiados de patriotismo, armados de palos, garrotes y lanzas. Con ese ejército avanza, y Nuevo Leon, Coahuila y Tejas, cayeron bajo de su señorío. La empresa era heroica, los peligros tan grandes como ella, y la vida de Hidalgo, por consiguiente, estaba amagada. Debía morir y para destruir aquella preciosa existencia, los tiranos, siempre malvados, siempre pérfidos, no reparaban en los medios, porque creian que con la muerte de Hidalgo, la guerra de

(1) Lamartine.

(2) Tovar.

insurreccion acabaria: porque creían que con ella, la dominacion de Castilla se perpetuaria. ¡Cuánto se engañaron! La obra comenzada por Hidalgo estaba ya muy avanzada para acabarla de un solo golpe: era un sentimiento general y unánime la independencia y éste no podia sofocarse solo, porque un hombre ambicioso, algunos dignatarios del poder opresor, y algunos sacerdotes indignos ministros de Jesucristo, aunque de la mas elevada esfera del clero, se oponian. Era una necesidad la independencia de México, porque estaba decretado que fuera libre, que no tuviese opresores, y así fué. / México arrebató el látigo de su amo, y dió con él en la cara á España (1), en la cara de la que entonces se gloriaba de invencible España. Consiguieron, sí, los tiranos cortar los dias de aquel genio eminente, y en Acatita de Bajan, pierde, por traicion, la libertad y la vida. / Murió Hidalgo; pero con su sangre la causa de la libertad se reanimó, la causa de la libertad tomó un nuevo aliento, de esa sublime aurora de la felicidad del mundo, de ese terrible ocaso de las monarquías.

Acabó Hidalgo; pero habian ya aparecido Morelos, Galeana, Mina, Jimenez y otros mil patriotas, ofreciendo en las aras de la patria su existencia por la libertad de México. / Sus hechos son su mejor apoteosis, y éstos los hacen muy dignos de compararse á los grandes guerreros de la antigüedad. La justa admiracion de todas las edades; el eco prolongado de mil sinceras alabanzas, y las voces festivas de la humanidad, que ufana ostenta sus gloriosos timbres, anuncian al mundo sus acciones heroicas, escritas ya en las páginas mas bellas de los siglos, por la mano fiel del reconocimiento. La derrota de Tres Palos, la toma de Acapulco, el completo triunfo sobre las tropas de Cándano y Martínez en San Agustín del Palmar; el glorioso é inmortal sitio de Cuautla: la rendicion á viva fuerza de las plazas todas que median de Chilpancingo á Acapulco, son testigos mudos, pero imparciales y constantes, del patriotismo de nuestros

(3) Frias.

héroes, de su gloria impercedera, de sus sacrificios sin cuento.
¡Benditos mil veces aquellos que nos hicieron libres! /

La independencia, esa palabra mágica que es tan influente como el toque de guerra en los combates y tan estimada como prenda segura de la victoria, seguía encontrando toda clase de dificultades: progresaba en la opinión, alcanzaba también sus triunfos; pero en cambio sufría pérdidas que parecían de imposible reparación. No existían ya Morelos ni Mina: sus ilustres contemporáneos habían desaparecido de la escena: Victoria erraba por los montes y las cuevas: la independencia, por fin, parecía tocar á su extremo, á su agonía terrible. No quedaba más de la revolución que una pequeña llama, que ocultaba cuidadoso en las montañas del Sur, el ilustre general Guerrero, apareciendo entre los breñales de aquel, cual Partenon entre las ruinas de Atenas, y que cual centinela avanzado de la libertad, representaba las necesidades y exigencias de México. Una pequeña llama tan solo existía de la independencia en las montañas del Sur, que como la milagrosa columna de fuego que guiaba á los descendientes de Israel en la oscuridad de la noche, convidaba á los verdaderos patriotas á contribuir al desarrollo de la obra que había de libertar á México de la opresión y la esclavitud: existía cual misterioso blando que despidió sus resplandores al retiro del santuario. Cuando las horas silenciosas de la reflexión escitan la memoria dulcísima de la patria, recorreremos gozosos el catálogo brillante de nuestros varones escogidos y nos trasportamos á los momentos en que verificaron sus proezas; viéntense, entonces, copiosas lágrimas de ternura: el labio respetuoso no encuentra armonías dignas de expresar aquellos nombres tan queridos: el magistrado desea pedirles firmeza, el guerrero denuedo, los oprimidos socorro, los ciudadanos amparo y todos, todos, demandan al cielo la restitución de sus preciosas vidas, como un pequeño homenaje á sus virtudes y patriotismo.

Y España parecía ya descansar tranquila porque creía concluida la guerra de insurrección: porque creía que lo poco que que-

daba, fácil sería de terminar; pero se engañaba. Guerrero, hombre enérgico y de corazón de fierro; ciego para el oro, sordo para la adulación y las ofertas, había jurado consumir su obra, ó morir como Hidalgo. / Su padre, á quien amaba, á quien debía su existencia, se interpuso para que desistiese de su obra. Fué en vano, porque si bien reconoció en él al autor de sus días y le dispensó las consideraciones y miramientos que le eran debidos, también le hizo conocer, que su patria era antes que su padre: que la libertad de México era primero que sus preceptos. ¡Momentos solemnes de abnegación y patriotismo! dignos de un hombre como Guerrero, de un verdadero héroe, porque los verdaderos héroes son más raros que los grandes guerreros (1). España vió entonces perdida su última esperanza y miró estremecida que el águila de Tenostitlan se había libertado, por fin, de las garras del león de Castilla.

Todo era ya inútil: todo era en vano. / El hasta aquí de la dominación de España había llegado, y como el naufrago en los terribles momentos de su agonía suprema se apodera para salvarse de la primera tabla que encuentra, así el gobierno colonial fijó sus últimas miradas en D. Agustín Iturbide, á quien procesaba entonces. Se ordena y dispone su marcha; pero el partido liberal de aquel tiempo se había ya anticipado y héchole comprender, que sería faltar á los designios de la Providencia si de una manera leal y franca no se decidía por la independencia y trabajaba hasta lograrla. El partido español tampoco se desentendió: los altos dignatarios que participaban del poder opresor, la clase alta del clero, convirtiendo la mansión misma del retiro y la oración, la casa santa de Dios en club revolucionario, trabajaban para colocar á Fernando en el trono de México, y perpetuar así la dominación: trabajaban para facilitar á Iturbide los medios para destruir á Guerrero y para extinguir aun el destello de libertad que entonces se presentaba á España y sus colonias; pero ya era tarde: sus compromisos para hacer la inde-

(1) Mad. Wricht.

pendencia estaban ya celebrados: su corazón le mandaba que así lo hiciera. / España, que apenas acababa de sacudirse del terrible azote que entonces dominaba la Europa: que apenas se había libertado del militar coronado que distribuía á su arbitrio las diademas, hizo vislumbrar un rayo de felicidad para el pueblo por la constitución de 812, que se declaró de nuevo vigente en 820. No podía por esto mandar con el despotismo que tanto ansiaba y fijó sus miradas en México, juzgando á sus habitantes cosas y no personas: esclavos sin esperanza de libertad y no hombres oprimidos que peleaban por acabar la esclavitud. / Sus esfuerzos fueron estériles, porque Iturbide al marchar ostensiblemente á batir á Guerrero, llevaba ya el pensamiento de consumir la independencia de México, de dividir con su espada el mundo nuevo, del viejo mundo.

Iturbide y Guerrero se encuentran: se comunican sus respectivas ideas: enlaza Guerrero la diestra que tantas veces hizo la señal de fuego: juran que tendríamos patria, y la independencia de México quedó consumada: su encuentro fué el anillo que enlazó á Dolores con Iguala. (1)

Desde ese momento los que habían fomentado y sostenido la independencia quedan bajo las órdenes de los que los habían ido á perseguir, y Guerrero, el inmortal Guerrero el primero, resigna el mando en Iturbide. ¡Patriotismo sin igual, portento de desinterés sin ejemplo! / Al recorrer los siglos en la historia suelen encontrarse hombres ilustres que corren á los campos de batalla á ofrecer la vida por la patria. Suelen encontrarse varones distinguidos que sacrifican sus más caros afectos sobre la tierra, para concluir una empresa que saben ha de conducirlos á la gloria. Pero son más raros en la historia del universo, los que á la par de todos sus sacrificios, hacen también el de esta gloria y el de su nombre para el porvenir y con los ojos puestos en el bien de sus conciudadanos, ceden á sus propios enemigos las palmas de sus triunfos, para que esos enemigos las colo-

(1) Lafragua.

quen en la frente de la patria. Tal fué Guerrero, último y único ya de los jefes de la independencia. Consintió en ceder el mando al que hasta entonces había sido su enemigo, porque eso pedía el bien público. El mundo reconocía á Guerrero por el primer caudillo de México: cedió su lugar prominente; pero el universo le reconocerá siempre, por uno de los primeros entre los que, todo lo sacrifican al bien de sus hermanos.

Unido ya Iturbide con Guerrero, marcha, y de victoria en victoria, constantemente mimado de la fortuna, el 27 de Setiembre de 1821, á los siete meses de haber proclamado la independencia, sustituye en el palacio de los Aztecas, á la bandera de Castilla, el pabellon de los tres colores, emblema del triunfo de México. Ni una lágrima vertida por su causa, ni una gota de sangre derramada por su crueldad, ni una aldea estorsionada por su orden y sí un pueblo libre, soberano é independiente, escrito en el gran libro de los pueblos, sin dejar atrás, como él mismo nos dice, ni arroyos de sangre, ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de execración á los asesinos de sus padres. Pudo muy bien decir con Bolívar: “mi ambicion consiste en libertar á los pueblos, y ¡ojalá y pudiese hacer libres á todos los esclavos! sin desear otra recompensa que la gloria de hacer libres á todos los hombres.” La fantasía mas valiente se contiene, la inteligencia asombrada se pierde y la mas vigorosa locucion es lánguida, tratándose del memorable acontecimiento que salvó del abatimiento en que se encontraba al único caudillo que existía de la primera época de independencia, y que ha producido el ser político de la nacion mexicana. Si pudiésemos valorizar la diferencia entre el pequeño gérmen escondido en la tierra y el árbol frondoso cubierto de frutos sazonados: si cotejásemos las vertientes que circulan en las cavernas de ésta y el raudal que se desprende comunicando fertilidad á los campos, percibiendo, por último, el contraste de la pavorosa noche del no ser y la primavera del vivir, formaríamos idea exacta de los bienes que envuelven la emancipacion que logramos, la independencia que gozamos.

Libre ya México de la opresion de España, preciso era pensar en el hombre á quien habia de encargar la direccion de sus negocios. Veía en Iturbide su libertador: veía en él un hombre lleno de virtudes y á quien por gratitud debia confiarle el timon del Estado: veía, por fin, en él unidas al valor y pericia del guerrero, la prudencia y tacto del gobernante: recordaba sus palabras, sus solemnes compromisos y lo hizo el árbitro de sus destinos, comenzando ya con un gobierno propio.

México ya era libre: habia puesto los medios para serlo: le correspondia solo plantear los que necesitaba para ser feliz; pero á poco tiempo fué lo primero que olvidó. Con la ingratitud y el patíbulo, pagó los sacrificios de sus libertadores, y de error en error sus hombres públicos, con poquísimas escepciones, lo han conducido á la posicion en que se encontraba. Un hombre malvado, ambicioso del poder y de las riquezas y juzgando en sus necios desvaríos que México es su patrimonio, fué el primero que trazó el camino de la inmoralidad y la desobediencia: el que prostituyó el país, el que desmoralizó la clase militar; el que por su ineptitud causó á México el dolor terrible de ver flamear en el palacio de los Moctezumas el pabellon de las estrellas: el mismo que por su vano orgullo hizo perder á México gran parte de su territorio, huyendo despues como el buitre que ha despedazado su víctima. ¿Qué responderíamos, mexicanos, si nuestros padres se levantasen de sus tumbas á pedirnos cuentas del tesoro que nos legaron, del uso que de él hemos hecho? ¿qué responderíamos, mexicanos, si la víctima de Padilla se presentara á reprocharnos la ingratitud con que se le pagó la libertad que nos legara? La imaginacion se espanta, los ojos vierten lágrimas y al corazon lo desgarran el dolor al presentarse á la mente tan solemne momento. Pero no enmudecerémos. Allí están Cano y Jicotencal en el bosque, Frontera en Padierna, Martinez de Castro en Churubusco que responderán por nosotros: allí están sus fosas que probarán al mundo, que México sabe conservar y defender la libertad que le legaran sus héroes; que á México no se conquista con la

voluntad y el capricho y que si algun audaz, en fin, pretendiere sojuzgarlo, en cada mexicano encontrará un baluarte, en cada campo un sepulcro.

Nuestros libertadores han muerto; pero la gloria de los libertadores de los pueblos, es mas pura y brillante cuando se recuerda su memoria sobre la losa de la tumba, porque todos los caminos de la gloria van á detenerse en el sepulcro (1) allí es donde debemos admirar nuestros héroes. ¿Y quién por indiferente, parcial y frio que sea, no confesará que el severo senado de Roma habria decretado un triunfo á Iturbide? ¿Qué Grecia lo habria deificado? Pero para honrarlo debidamente, jurad conmigo sobre su fosa, seguir su ejemplo é imitar sus virtudes.

La independencia de México, su libertad, ha tenido momentos de suprema angustia, porque algunos de sus hijos desnaturalizados y olvidando su deber, han faltado á sus banderas, vendiendo sus compromisos y sacrificando su honor: porque algunos eclesiásticos desentendiéndose que su ministerio es todo de paz y de caridad, han cambiado el callado del pastor por el sable del rebelde: porque otros en vez de dar á los fieles el pasto del alma, han turbado la quietud desde la cátedra de la verdad: porque todos han querido olvidar, que la libertad y el pueblo reconocen su origen del Evangelio: porque ninguno ha seguido el ejemplo que les dió Hidalgo, Morelos y Matamoros.

Recordad solo el estado de abatimiento y abyeccion en que os habeis encontrado siempre, siempre que alguna administracion se ha apartado del sendero de la libertad, del camino del progreso, de la vía de las reformas. Recordad que los patíbulos han estado tintos de sangre de los ilustres mexicanos que han pelecado por la destruccion de tan absurdas y extemporáneas ideas: recordad por fin, que en esas épocas terribles porque ha pasado México, ha habido cadenas hasta para el pensamiento y para la conciencia. El fruto preciso de tales desaciertos

(1) Gray.

ha sido la falta de union, de la union, que es el talisman de las naciones, (1) de la union, sin la cual no puede haber ni fuerza ni respetabilidad.

La última vez que México fué víctima de tan terrible plaga, un pensamiento benéfico y liberal nos salvó de tanta ignominia, de tanta desgracia, de tanta degradacion; el plan de Ayutla reformado en Acapulco. ¡Loor eterno á los patriotas que con abnegacion profunda, sin ambicion ninguna, y siguiendo, solo, el ejemplo de nuestros libertadores, nos sacaron de la opresion en que estábamos sumergidos! ¡Loor eterno y benditos mil veces, Comonfort, Alvarez, Vidaurri, Degollado y otros mil y mil patrióticos, que con su espada y virtudes, restituyeron á México sus garantías violadas, sus libertades perdidas; pero es necesario, mexicanos, que no os desentendais de tan terribles lecciones.

Aun hay mexicanos ilusos, que seducidos los unos y obstinados los otros, pretenden volvernos á una época, cuyo solo recuerdo espanta: aun hay mexicanos que pretenden colocar en el poder al partido del retroceso, al partido de la inquisicion, al partido del oscurantismo, al partido de los privilegios, olvidando que éstos acaban, y solo el pueblo siempre vive (2). Vanos son sus esfuerzos, no lo dudo, porque no lo conseguirán: la civilizacion ha estendido por do quier sus benéficas alas: la libertad es hoy la señora del universo, y en la generacion actual no pueden dominar otras ideas que las de progreso, libertad, ilustracion. Para lograrlo se necesitan comunes esfuerzos: ofreced al efecto conmigo en las aras de la patria, y por los nombres de los héroes cuya memoria recordamos, no dejáros arrebatat los estimables bienes de que gozamos, emanacion de un gobierno liberal, comprados á costa de tanta sangre y de tan preciosas vidas. Así conseguiremos desarrollo para las artes, impulso para la industria, perfeccion para la minería, adelanto para la imaginacion, y por fin, colocar á México al grado de altura y

(1) Lamartine.

(2) Mirabeau.

prosperidad á que sus elementos lo llaman. Lo comenzamos ya á lograr; pero es preciso no retroceder. Muchos medios tenemos para ello, porque México posee terrenos fértiles cual ninguno: minas ricas sin igual, fuentes de prosperidad sin competencia. Se le juzga, sin embargo, fácil de conquistar, por los males y errores de que continuamente ha sido víctima; mas no: pasó ese tiempo y México, pronto, muy pronto, bajo los principios democráticos, se verá elevado al grado de esplendor á que la Providencia le llama.

Tal vez no está muy distante el momento de escuchar el estallido del cañon extranjero: el estallido del cañon de una potencia de quien somos descendientes: de una potencia que debiera interesarse cual ninguna por las glorias de México, por los muchos vínculos que con ella le unen. Sí, mexicanos, tal vez muy pronto el clarin os llamará al combate, porque España, mal informada, reclama derechos injustos: reclama satisfacciones exageradas. La diplomacia trata hoy la cuestion: si no la arreglare, las armas la decidirán. Entonces, mexicanos, probemos que somos dignos descendientes de Hidalgo y de Morelos, de Guerrero y de Iturbide: probemos que sabemos conservar el tesoro que nos legaron: que en cada mexicano tiene la libertad é independencia un baluarte. Abandonemos, entonces, al querido anciano que nos dió el sér: á la mujer adorada, objeto de nuestros ensueños y delicias: á los hijos, fruto de nuestro amor, y empuñando la espada, partamos al combate y libertad ó muerte sea nuestro emblema. Sí, la muerte antes que la esclavitud y así honrarémos debidamente la memoria de nuestros libertadores, en el concepto, mexicanos, que si mi existencia es necesaria por ofrenda, aquí está.

Nada temais: los caudillos que arrostraron la tiranía interior y que ofrecieron su vida por libertar á su patria, la ofrecerán de nuevo en los momentos en que se quieran renovar pasados siglos y conquistas opresoras. Los veremos de nuevo á nuestro frente: su voz marcará el camino de la gloria, y su espada el del triunfo.



Así lo espera de V. E. el pueblo, E. S.: en V. E. ve su Mece-
nas, su amparo, el firme sosten de las libertades públicas.
Quiere solo justicia, justicia, sin la cual no puede haber socie-
dad establecida: que como hasta aquí, V. E. continúe por el
camino del progreso, procurando su engrandecimiento y liber-
tad, sin olvidar jamas, que los gobiernos deben buscar el apo-
yo de la opinion y no la fuerza de las armas, porque aquellos
siempre viven y éstos pronto perecen.

Y vosotros mexicanos, no creais mas los engaños de vues-
tros enemigos: no os alucineis con esperanzas falaces: en la lu-
cha no hay para vosotros, sino el triunfo con gloria ó el venci-
miento con todos los horrores de la opresion. La vida del es-
clavo no es preferible á la muerte, y así, si el momento del pe-
ligro llega, ya en el interior, ya en el exterior, olvidad los
objetos mas caros de vuestro corazon, y marchad los primeros
al combate: juradlo conmigo y así honrareis debidamente el 27
de Setiembre de 821.—DUE.

